

◆ MIGUEL DELIBES Y SU “QUERIDA BICICLETA”. Juan Felipe Villar Dégano .....	31
◆ ASPECTOS DEL NARRADOR EN <i>SEÑORA DE ROJO SOBRE FONDO GRIS</i> . Felipe González Alcázar .....	40
◆ MIGUEL DELIBES, EL HETERODOXO. Ángel García Galiano .....	48
◆ <i>AÚN ES DE DÍA</i> , DE MIGUEL DELIBES. Magdalena Velasco Kindelán.....	50
◆ DELIBES: QUERIDO ESCRITOR INCÓMODO. José Francisco Sánchez.....	51
◆ MIGUEL DELIBES DE CERCA. LA BIOGRAFÍA. Magdalena Velasco Kindelán .....	52
◆ “DE VALLADOLID”. Marina Martín Baz.....	53

## Miguel Delibes y su “querida bicicleta”



Miguel Delibes paseando en bicicleta.  
Fuente: *El País*.

JUAN FELIPE VILLAR DÉGANO  
Universidad Complutense

**RESUMEN:** El relato corto de Miguel Delibes, *Mi querida bicicleta*, es tratado aquí como una peculiar forma de relato autobiográfico, en el que sobresalen los habituales rasgos estilísticos del escritor castellano.

**Palabras clave:** Miguel Delibes, Crítica literaria, Géneros autobiográficos.

**Abstract:** Miguel Delibes's short story, *Mi querida bicicleta*, is treated here as a peculiar form of autobiographical narrative, what stands out in it is the common features of this Castilian author.

**Keywords:** Miguel Delibes, Literary criticism, Autobiographical genres.

En torno a un núcleo espacial, a menudo Castilla, Miguel Delibes fue tejiendo a lo largo de los años una novelística sólida, fuertemente referencial, bronca y delicada a la vez, con personajes firmemente caracterizados, como los campesinos de Vela Zanetti<sup>1</sup>, a un paso entre la cotidianeidad y el símbolo. Obras como *La hoja roja*, *Las ratas*, *Cinco horas con Mario*, *Los santos inocentes*, *El disputado voto del señor Cayo*, *Señora de rojo con fondo gris* o *El hereje*, a pesar de su aparente variedad de registros nos remiten siempre a una unidad constructiva, en la que el lenguaje, preciso y evocador a la vez, se superpone a los propios acontecimientos por su impronta testimonial, en apariencia más real que la realidad misma:

“...un mundo de surcos pardos, simétricos, alucinantes. Los surcos del otoño, desguarnecidos, formaban un mar de cieno tan sólo quebrado por la escueta línea del arroyo, del otro lado del cual se alzaba el pueblo. El pueblo era también pardo, como una excrecencia de la propia tierra, y de no ser por los huecos de luz y las sombras que tendía

el sol naciente, casi las únicas en la desolada perspectiva, hubiese pasado inadvertido [...] Una cadena de tesos mundos como calaveras coronadas por media docena de almendros raquíticos cerraba el horizonte por este lado. Bajo el sol, el yeso cristalizado de las laderas rebrillaba intermitente con unos guiños versicolores, como pretendiendo transmitir un mensaje indescifrable a los habitantes de los bajos.” (Miguel Delibes, 1983: 21).

Pero la obra del escritor vallisoletano no se agota en la novela o el artículo de periódico, que le permitieron estar siempre presente entre sus lectores habituales. Delibes cultivó también otros géneros, y en alguno de ellos como los dedicados a la caza, la pesca, los pueblos o sus propias experiencias existenciales, alcanza un auténtico virtuosismo. Pocos escritores españoles han tenido un contacto tan directo y efectivo con la naturaleza como él. Me recuerda siempre al gallego José María Castroviejo, los dos embebidos en una auténtica pasión cinegética y campestre. La lista de obras de Delibes relacionada con la caza es tan abundante que ella sola podía llenar las expectativas de un escritor, sobre todo si tenemos en cuenta libros tan significativos como *Diario de un cazador*, *25 años de escopeta y pluma* o *Dos días de caza*, del que entresaco el siguiente párrafo:

“El sol se acuesta tras la línea de los cerros y la Cuadrilla vuelve la mano. Atraviesa la junquera y asoma a la vaguada. En el tomillar, abajo, le vuela una perdiz a Manolo Chico de los mismos pies. Manolo Chico la deja tomar brío para asegurarla. El animal se desploma entre un revoloteo de plumas, que quedan un momento flotando en el aire frío del crepúsculo.” (Delibes, 1980: 75)<sup>2</sup>

La imagen, como un *flash* fotográfico, nos remite con precisión a una manera de narrar con una gran economía de medios, pero siempre efectiva. Delibes ha escrito también “Libros de viajes”, *Por esos mundos. Sudamérica con escala en Canarias* (1970), *Dos viajes en automóvil: Suecia y Países Bajos* (1982)..., en los que ha puesto un especial énfasis en el entorno, tanto el rural como el urbano, a veces de gran precisión botánica:

“El panorama de los Farellones es de un pintoresquismo exacerbado. Los abetos, arrayanes-mirto chileno-, faitenes, eucaliptos-“oicaliptos”, dicen pomposamente los alemanes-, chopos, tunas, sauces llorones, constituyen en ciertos sectores una muralla de densidad inextricable. A

medida que la altura aumenta, la vida vegetal languidece. Caso curioso, el cactus, planta propia de climas cálidos, es uno de los elementos decorativos que más obstinadamente se mantiene. Otro superviviente es la ñipa, cuyo aroma penetrante se va desvaneciendo a medida que uno se aproxima a la planta que lo exhala.” (Delibes, 1983: 58)

Aunque sea ya un tópico hablar del paisaje como elemento funcional en la obra de Delibes, es difícil olvidar la relación de Azarías en *Los santos inocentes* con su *milana bonita* y el paisaje que le rodea, en este caso extremeño:

“...y el Azarías, sumisamente, recogió el pájaro y lo dejó fuera, en el poyo, volvió a entrar en la casa y salió con la Niña Chica, acunándola en el brazo derecho, y la Niña Chica volvía sus ojos extraviados sin fijarlos en nada, y él, el Azarías, cogió a la milana por una pata y una azuela en la mano izquierda, y la Régula, ¿dónde vas con esas trazas?

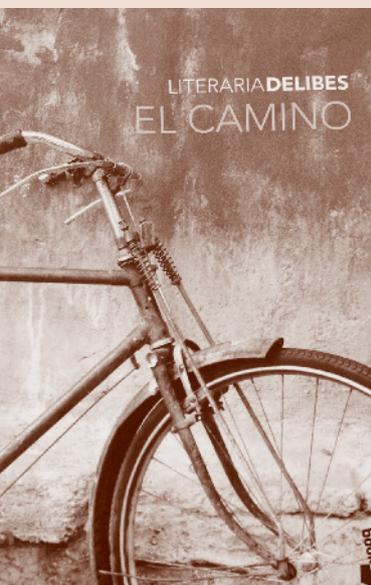
Y el Azarías,

A hacer el entierro, que yo digo,

y, en el trayecto, la Niña Chica emitiendo uno de aquellos interminables berridos lastimeros que helaban la sangre de cualquiera, pero el Azarías no se inmutó, alcanzó el rodapié de la ladera, depositó a la criatura a la fresca, entre unas jaras, se quitó la chaqueta y en un periquete cavó una hoya profunda en la base de un alcornoque, depositó en ella al pájaro y, acto seguido, empujando la tierra con la azuela, cegó el agujero y se quedó mirando el túmulo, los pies descalzos, el remendado pantalón en las corvas, la boca entreabierta, y, al cabo de un rato, sus pupilas se volvieron hacia la Niña Chica, cuya cabeza se ladeaba, como desarticulada, y sus ojos desleídos se entrecruzaban, y miraban al vacío sin fijarse en nada y el Azarías se agachó, la tomó en sus brazos, se sentó al borde del talud, junto a la tierra removida, la oprimió contra sí y musitó,

milana bonita.” (Delibes, 1993: 26-27)

Y del espacio a sus habitantes, porque en la prosa de Delibes hay un constante poso de situaciones vividas y observadas en lugares y experiencias concretas que luego pueden formar parte de *lo real- imaginario* o *de lo imaginario-real*, en palabras de José Jiménez Lozano (1993: 27), pero además esta simbiosis espacio-personal adquiere una especial significación cuando en algunas obras lo autobiográfico se sitúa en el centro del relato y, aunque sea embellecido, nos transmite una sensación plena de autenticidad y sencillez, difícil de encontrar en otros autores. Este es el caso del breve relato *Mi querida bicicleta*, publicado en 1988 con ilustraciones de Luis de Horna<sup>3</sup>; y que como es habitual en el novelista vallisoletano se inscribe en un realismo, ahora casi poético, sin truculencias o ribetes esperpén-



ticos que pueden enriquecer otras obras suyas como *El camino*, *Las ratas*, *Los santos inocentes*, etc. Esta coherencia y querencia realista, de honda carga testimonial, ha sido puesta con acierto de relieve por Francisco Umbral en el texto que reproduzco a continuación, aunque no creo que muchos jóvenes de los años setenta del siglo XX recogieran con éxito el testigo de nuestro escritor en la vertiente realista que él propugnaba:

“Delibes se ha sentado a la puerta de su casa y se ha hinchado de ver entierros: novela mágica, novela experimental, novela verbal, novela intelectual, novela existencial, novela objetual, etcétera. Eran los cadáveres de sus enemigos. Hoy, los jóvenes están volviendo al realismo y a la narración por la narración, o sea que están volviendo a Delibes.” (Umbral, 1970: 81)

Por su brevedad, por su tema, y hasta por la editorial en la que se publica, podríamos tener la impresión de que *Mi querida bicicleta* es una simple obra para jóvenes, que ciertamente son en gran medida sus potenciales lectores, y además con un claro mensaje pedagógico. Creo que es más que eso en lo que tiene precisamente de autobiográfico, de recuerdo y de historia menor, pero no por ello menos entrañable y aleccionadora.

El relato es un fragmento de memoria que encajaría perfectamente en algunas autobiografías de españolas de clase media ilustrada de los años veinte del siglo pasado. Son recuerdos de esas etapas, las más alejada del final de la vida, la infancia y la adolescencia, tan mitificadas y denostadas al mismo tiempo. Ya sabemos que la memoria es selectiva y no siempre, ni mucho menos, gratificante. *Ciega abeja de amargura* la llamó Juan Ramón Jiménez (2010: 64-65) en uno de sus sonetos, con el eterno tema de la juventud perdida; y Antonio Machado, recordando su infancia nos dice con una mezcla de ensoñación y rechazo: “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, / y un huerto claro donde madura el limonero; /mi juventud, veinte años en tierra de Castilla; /mi historia, algunos casos que recordar no quiero.” (Machado, 1983: 101) Más sutil sugestivo y complejo es aún Julio Cortázar en el aleccionador relato corto titulado “Acerca de la manera de viajar de Atenas a Cabo Sunion”, en el que escribe:

“La memoria juega con su propio contenido un oscuro juego del que cualquier tratado de psicología aporta pruebas ejemplares. Arritmia del hombre y su memoria, que a veces se queda atrás y otras finge un espejo impecable que la confrontación parece desmentir con escándalo. Cuando Diaghilev volvió a montar los ballets rusos, algunos

críticos le reprocharon que los decorados de Petruska hubieran perdido su deslumbrante policromía original: eran los mismos, perfectamente conservados. Bakst se vio obligado a levantar los tonos para ponerlos a la par de una memoria apoteósica.” (Cortázar, 1972, I: 95)

Así es. Hay testimonios contradictorios y a veces estremecedores sobre los recuerdos de niñez y adolescencia de muchos escritores, pero no parece ser este el caso de Delibes, quien en todo momento nos trasmite una sensación de coraje, ganas de vivir y felicidad. Una sensación de orden, que en su lucha por la vida se origina en una familia regida por el padre, impulsor sagaz y experimentado, no siempre comprendido. El progenitor de Delibes promueve una *educación a la francesa*, muy a su aire y adaptada a las circunstancias, que causa envidia algunas veces entre los compañeros del autor por lo que tiene de novedoso y creativo, sobre todo cuando muestra su eficacia. Una educación que en esencia a muchos nos gustaría que pudiera servir de modelo por lo que tiene de autoridad sin autoritarismo, que se apoya en convicciones contrastadas y le da un papel importante a la práctica, algo que a la larga se agradece:

“De adolescente, cuando me lamentaba ante mis amigos de los procedimientos didácticos de mi padre, ellos decían que esa era «la educación francesa» y que la «educación francesa» estaba muy bien. Que ellos no sabían nadar, ni montar en bicicleta, ni distinguir un cuco de un arrendajo porque no habían recibido «educación a la francesa» y que era un atraso.” (Delibes, 1988: 17)

Es cierto que las obras de larga andadura, las novelas río, por ejemplo, son las que suelen consolidar las virtudes y el éxito de un escritor. No obstante, también en ellas se pueden camuflar

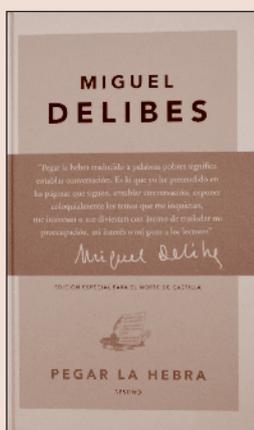
[...] cuando me lamentaba ante mis amigos de los procedimientos didácticos de mi padre, ellos decían que esa era “la educación francesa” y que “la educación francesa estaba muy bien [...]

mejor sus posibles deficiencias. Más difícil es hacerlo en lo que con frecuencia se llaman obras menores, y no precisamente desde el punto de vista valorativo, sino desde la extensión, breve, y la concreción del tema, que suele librarse así de tentaciones amplificadoras y complejidades estructurantes. Entonces la obra menor puede reducirse quizá a

un “divertimento”, a una pausa para rellenar tiempos de menos inventiva, o, por el contrario, encontrar su momento feliz, y sin grandes pretensiones afianzar y condensar los logros creativos de un autor. *Mi querida bicicleta* estaría en este segundo grupo por su capacidad de convertir una serie de episodios de la vida, en este caso del propio Delibes, y en apariencia sin mayor importancia que la anecdótica, en un relato trascendente

y a la vez gratificante, de la voluntad superadora de nuestro novelista, que puede servir sin alharacas como modelo para muchos educadores y padres de nuestros días. Aunque no parezcan ser estos unos tiempos muy proclives a encontrar modelos pedagógicos en la literatura, y más aún con la fuerte competencia de la imagen televisiva y afines, no hay que caer en el papanatismo de desvalorizar un vehículo comunicativo de tanto potencial para la formación de los jóvenes, como el del texto que nos ocupa y otros parecidos. Por otra parte, ese poso de situaciones interiorizadas, al que nos referíamos antes, va conformando en la obra de Delibes series de imágenes recurrentes, que aunque aparezcan en unos cronotopos en apariencia cerrados, son también, por su “verdad” existencial, fácilmente extrapolables a ámbitos culturales ajenos a los del creador y a los nuestros propios. Sobre la capacidad transmutadora de Delibes, cuando pasa sin estridencias de lo particular a lo universal, en un juego aparentemente sencillo y sin trucos, pero a la larga complejo y de notable rentabilidad significativa, me parecen muy acertadas las observaciones de Manuel Alvar en el extenso estudio que le dedicó al autor en 1987:

“Lo que ocurre es que Delibes practica un sabio principio cervantino, que no es mala compañía: no hay nada universal que no tenga arraigo en la tierra. Difícilmente encontraremos héroe más limitado geográficamente que don Quijote, pero así y todo es una de esas aportaciones que cada pueblo puede hacer a la literatura de todas las naciones. O con palabras suyas: «considero que la universalidad del escritor debe conseguirse a través de un localismo sutilmente visto y estéticamente interpretado»”. (Alvar López, 1987: 21)



*Mi querida bicicleta* es un relato compuesto por una sucesión de apartados sin título, siete en total, de extensión variable y salpicados de ilustraciones en la edición que manejamos. Los apartados funcionan como una sarta de viñetas dinámicas y jugosas que se suceden con cierta vertiginosidad al hilo de la memoria, como el vehículo que da nombre a la narración. El texto va precedido también de un sucinto prólogo de Antonio Corral Castanedo, amigo del autor, vallisoletano y periodista de *El Norte de Castilla*

como él, en el que recuerda con afecto la pervivencia del espíritu de la infancia en Delibes; y su constante decisión de *no arredrarse* ante nada<sup>4</sup>, actitud que se manifiesta en él muy pronto, como pone de manifiesto a través de este relato, en el que al contarnos las aventuras de las bici-

quetas que pasaron por sus manos, en realidad una sola y constante bicicleta, hace de ellas un referente simbólico capaz de brindarnos múltiples enseñanzas:

“¡Cuántas posibilidades encierra una bicicleta! Una bicicleta puede llevarnos a muchas partes. No sólo a una excursión con merienda, sino también hacia el amor, hacia la valoración del esfuerzo; hacia ese triunfo consistente, no en llegar el primero a la meta ni en derrotar a los demás, sino en sentirnos abrazados por nuestra propia estimación.” (Delibes, 1988: 4)

Aunque hemos dicho que los apartados del relato son siete, en nuestro comentario vamos a reducirlos funcionalmente a cuatro fragmentos existenciales, que si bien se inician en *la infancia* de nuestro autor, la rebasan por completo, recorren parte de su vida de adulto y finalmente se proyectan en sus hijos, sobre todo en Juan, y en sus nietos, como continuación de la “educación francesa” que propugnaba el abuelo y que Delibes claramente hizo suya. Recorriendo brevemente la línea argumental, nos encontramos primero la infancia, un día de verano en plena vacaciones, y *un niño de siete años* que ya sabe montar una bicicleta adecuada a su edad, pero que quiere dar el salto y manejar un vehículo más grande. Le ha echado el ojo a (“una Arelli de paseo, de barras verdes y níqueles brillantes, las palancas de los frenos erguidas sobre los puños del manillar”) (*Ibid.*: 8) de su hermano mayor, y espera impaciente las instrucciones de su padre, enfascado como *todos los veranos* en la lectura del *Quijote*, y al parecer sin demasiadas prisas, casi sin duda calculadas, por atender los requerimientos del incipiente ciclista. La paciencia tiene su recompensa y “...Temblando enderecé mi bicicleta. Mi padre me ayudó a encaramarme al sillín, pero no corrió tras de mí. Sencillamente me dio un empujón y voceó cuando me alejaba: -Mira siempre hacia delante; nunca mires a la rueda.” (*Ibid.*: 8-9). Y a partir de ahí una larga tarde de vueltas y vueltas en torno a un cenador con bancos de piedra en el que gorjean los pájaros; y de cuando en cuando los pertinentes, pero también socarrones avisos del padre, que ya sabe que lo que angustia al niño Delibes es su dificultad, luego convertida en miedo, para parar la bicicleta y desensillar:

“Me alejaba otra vez. Sorteaba el cenador, topaba con la casa, giraba ahora a la izquierda, recorría el largo trayecto junto a la tapia hasta alcanzar el fondo del jardín para retornar al paseo central. Mi padre iba ya caminando lentamente hacia el porche:

-Es que no me atrevo. ¡Párame tú! -confesé al fin.

Las nubes sombrías nublaron mi vista cuando oí la voz llena de mi padre a mis espaldas:

-Has de hacerlo tú solo. Si no, no aprenderás nunca. Cuando sientas hambre subes a comer.” (*Ibid.*: 12)

El tiovivo ciclista continúa durante horas; y al fin, a la desesperada, el niño incrusta la bicicleta contra un seto de boj y consigue bajarse:

“Mi padre salía a buscarme:  
-¿Qué?  
-Bien.  
-¿Te has bajado tú solo?  
-Claro.  
-Me dio en el pestorejo un golpe cariñoso:  
-Anda, di a tu madre que te dé algo de comer. Te lo has ganado.” (*Ibid.*: 16)

Una de las constantes de la obra de Delibes, presente también en este texto, es su capacidad para manejar la psicología de los personajes, poniendo de relieve, unas veces con su forma de actuar, y otras con la fuerza de sus diálogos, los vaivenes de nuestras emociones y sentimientos. Estamos en la infancia, etapa iniciática del *conocimiento*, momento delicado, proclive a protecciones y sentimentalismos. El yo del escritor, bandera de enganche de la escritura autobiográfica, hace una operación de analepsis y en su vuelta al pasado lo afronta con nitidez e inocencia sin caer en magnificaciones ni reproches hacia la familia o el medio. También con un cierto sentido del humor que se hará más patente a medida que el relato avance y la conciencia del niño amplíe su horizonte de expectativas, porque, sin ninguna duda, Delibes, consciente del tipo de lectores a los que podía ofrecer mejor esta narración, evitó deliberadamente un discurso adulto impostado y se quedó en lo que podía ser más sugerente y aleccionador para ellos: mantener una visión de niño, que irá modificando sutilmente a medida que los años se sucedan y el dominio y prestaciones de su bicicleta se amplíe:

“Le cogí el tranquilo y perdí el miedo en menos de un cuarto de hora. Pero de pronto se levantó ante mí el fantasma del futuro, la incógnita del “¿qué ocurrirá mañana?” que ha enturbiado los momentos más felices de mi vida. Al pasar ante mi padre se lo hice saber en uno de nuestros entrecortados diálogos:

-¿Qué hago luego para bajarme?  
-Ahora no te preocupes por eso. Tu despacito. No mires a la rueda.” (*Ibid.*: 11)

Vencidos los apuros iniciales, aparece en el siguiente apartado la adolescencia como *consolidación de lo aprendido* y el despertar del sentido crítico. Delibes es ya una especie de Fausto Coppi; y la bicicleta le sirve para recorrer toda la ciudad y entre otras cosas sortear a

los agentes de tráfico, siempre al acecho, porque Delibes padre tenía su particular filosofía ante ciertos usos cotidianos, que si no procedían de su *formación francesa*, sí procedían de unas cuantas convicciones españolas, bien asentadas entre muchos ciudadanos de la posguerra, y más con ocho hijos que mantener. Ese humor sutil y socarrón a la vez, que apuntábamos antes, le sirve al novelista para incrustar en su relato unas breves pinceladas costumbristas, a modo de boceto testimonial, que no necesitan apostillas y se justifican por sí solas:

“Pero no todo iba a ser coser y cantar y en aquellos tiempos ya existía un punto negro: los agentes, lo que entonces llamábamos guardias de la porra. Mi bicicleta nunca fue matriculada y en consecuencia constituía una sabrosa presa para los sabuesos municipales. Y ¿por qué no matriculaba mi bicicleta y vivía tranquilo? ¡Ah!. Esto formaba parte de la educación francesa de mi padre. Mi padre era enemigo de las tasas arbitrarias aunque fuesen menores. La arbitrariedad de la tasa la determinaba él, naturalmente. Así, por poner unos ejemplos, mi padre nunca pagó un real en el fielato, ni un billete de andén en la estación de ferrocarril. Ante el fielato era contundente:

- Algo de pago  
- ¡Nada!  
- Sigán ustedes.

A lo mejor el Cafetín venía cargado de conejos pero la convicción con que mi padre lo negaba dejaba al consumidor persuadido de que no pretendíamos colar nada de matute. Algo semejante acontecía en la Estación cuando íbamos a esperar a la tía Elenita que llegaba de Burgos en el rápido de Irún.

- ¡Autoridad! –decía mi padre con tal desparpajo que el portero no sólo nos dejaba pasar a los ocho hermanos y a mi madre sino que además le dedicaba a mi padre, que era el último de la fila, un par de reverencias.” (*Ibid.*: 19-20-21)

[...] esa libertad que proporciona la bicicleta va a convertirse en un auxiliar indispensable para abrirse a otros contactos y fomentar otros sueños [...]

Por lo que cuenta, la infancia y la adolescencia de Delibes no sólo fue feliz, sino también divertida, una escuela de aprendizaje que para un niño observador y despierto puede convertirse en el espacio ideal para una formación más rica en experien-

cias, las cuales, al ser extraídas de la vida cotidiana, van ampliando el mundo del adolescente, que no ve desde el principio limitada su vida a situaciones regladas por la comodidad y lo fácil:

“La matrícula de la bicicleta de un niño le parecía igualmente una tasa arbitraria, por lo que nunca pasó por ello. Aparte lo infundado de la tasa, mi padre tenía sobre el

particular un sensato punto de vista: un chico en bicicleta que se dejara coger por un hombre a pie era un tonto, se merecía una multa. No le faltaba razón. Ante semejante filosofía nuestro ciclismo, el de los ocho hermanos, no consistía tanto en pedalear como en eludir, en tener el ojo bien abierto para descubrir a tiempo el guardia de la porra y no caer en sus manos.” (*Ibid.*: 23-24)

La relación ciudad-campo, como algo premonitorio de las posteriores aficiones del autor, es constante en toda la obra; y esa libertad que proporciona la bicicleta, sobre todo en una ciudad media de provincias, va a convertirse en un auxiliar indispensable para abrirse a otros contactos y fomentar otros sueños y aficiones lúdicas, primero para la emulación y el desarrollo de la inteligencia; y poco a poco para medirse con las dificultades y con la adversidad, conseguir controlarlas y, a ser posible, beneficiarse de ellas:

“Y a mí, como a casi todos los niños de entonces, nos entusiasmaba más la victoria en la cresta de una montaña que en un final de etapa llano, sin accidentes. Todos aspirábamos a ser escaladores y nuestro sueño inexpresado era coronar un día el Tourmalet en primer lugar. Recuerdo que en aquellos años, adquirí, entre mis amigos, cierta fama de escalador. Y ¿es qué poseía yo, en realidad, algún don para escalar mejor que ellos? Yo siempre he sospechado que subir cuestras en bicicleta es una de las mayores maldiciones que puede soportar un hombre, escalador o no. Pero ante el repecho de Boecillo, con su pronunciado recodo y su empinamiento súbito, en la parte final, yo no me amilanaba, dejaba pasar a mis amigos primero y, luego les rebasaba como si nada pedaleando a un ritmo loco, a toda velocidad:

- Claro, es que a Delibes no le cuesta —comentaban ellos.

Yo mantenía la superchería. Sonreía. Tácitamente les daba la razón, porque esa era la carta que me convenía jugar: fingir que no me costaba. Y con un muchacho al que no le costaba subir las cuestras no se podía competir. De modo que de acuerdo con mi manera de pensar, lo aconsejable para llegar a Rey de la Montaña era poner cara de palo, incluso esbozar una sonrisa, mientras la procesión iba por dentro. Aguantar, que no trascendiera al rostro el sufrimiento interior y la fatiga física, era una baza segura para que el competidor desistiera de alcanzarnos.” (*Ibid.*: 28-30)

Pasada la euforia inicial, la frontera de los dieciocho años, que inaugura los últimos apartados de la

obra, amplía una vez más la perspectiva social del propietario de la bicicleta, el cual a partir de ahí va a rentabilizar su uso de otra manera. En el proceso temporal y funcional de los acontecimientos, que convencionalmente nos habíamos marcado, hasta ahora habíamos recorrido una etapa de *conocimiento previo* del niño Delibes como *alter ego* imaginario de cualquier niño con una posible *educación francesa*; y otra de *consolidación* de ese conocimiento. En los apartados finales vamos a considerar otras dos funciones más. De *expansión* la primera, y de *proyección* la última. En la etapa de expansión, el utilitarismo del juguete va dejando paso de forma continuada, casi como una ley inexorable, a otras prestaciones, que además hay que poner en práctica en todas sus posibilidades para demostrar la efectividad total del proceso de *conocimiento-consolidación*:

A partir de los dieciocho años la bicicleta dejó de ser para mí un deporte y se convirtió en un medio de locomoción. Entre otras cosas, gracias a la bicicleta pude cazar un poco en los años de la inmediata posguerra, irme a bañar a la central del Cabildo, o visitar a mi novia durante los meses de verano. Desplazarse a cazar no era fácil por la impedimenta; en un vehículo tan esquemático como la bici había que acomodar la escopeta, el morral con la comida y los trebejos, más la perrita. De ordinario el macuto se colocaba en el manillar, en la barra de la escopeta y, detrás, en el soporte, siempre que fuera dócil, la perrita. Pero una cosa es decirlo y otra hacerlo, pues tuve un animal de buena estampa, que padecía de vértigo y a la segunda pedalada ya se había arrojado a la carretera.” (*Ibid.*: 33)

Leyendo la cita anterior vemos lo que da de sí un medio de locomoción, el cual como quien no quiere la cosa se convierte en un apéndice indispensable del joven Delibes,

que lo utiliza para ir de caza, una de las pasiones de su vida, para bañarse en el Pisuerga, visitar a su novia y hasta para *estraperlear* un poco, en los duros años de la posguerra. En aquellos tiempos para Delibes la bicicleta desempeñaba el mismo papel frente a la vida que una de aquellas enciclopedias al uso que compendian en un solo tomo todo el saber:

“A la bicicleta le debo gratas horas de esparcimiento en el campo en días difíciles e incluso algún alijo de estraperlo que introducía en la ciudad salvando, con la misma pericia con que siempre sorteé a los municipales, la atenta vigilancia de la policía de abastos.” (*Ibid.*: 34)

En un libro tan dinámico como *Mi querida bicicleta*, el discurso narrativo es la estrella, seguido del dialo-

## Miguel Delibes, la voz de Castilla

gado, sin dejar mucho espacio para la descripción, que, a pesar de ello, se cuela con gran eficacia en algunas partes del relato, poniendo notas de color y aventura en los viajes de nuestro escalador. Podemos comprobarlo cuando nuestro enamorado novelista en ciernes recorre los cien kilómetros que separan Molledo-Portolín, Santander, de Sedano, en la provincia de Burgos, para ver a su novia. Y además en verano; y además sin muchos medios económicos, pero con una *decisión*, que como dice Antonio Corral Castanedo en el prólogo de la obra,

“...ha presidido siempre la manera de ser y de actuar de nuestro autor: Recuerdo aquel primer viaje de los que hice a Sedano como un día feliz. Sol amable, brisa tibia, la bicicleta rodando sola, sin manos, varga abajo, un grato aroma a prado y a boñiga seca, creando una atmósfera doméstica. Me parece recordar que cantaba a voz en cuello, con mi mal oído proverbial, fragmentos amorosos de zarzuela sin temor a ser escuchado por nadie, sintiéndome dueño del mundo.” (*Ibid.*: 38-39).

Volviendo a los aspectos autobiográficos, el crítico y teórico Philippe Lejeune escribe:

“Lo que yo llamo autobiografía puede pertenecer a dos sistemas diferentes: un sistema referencial real (en el que el compromiso autobiográfico, aunque pase por el libro y la escritura tiene valor de acto), y un sistema literario en el que la escritura ya no aspira a la transparencia pero puede perfectamente imitar, movilizar creencias del primer sistema.” (Lejeune, 1994: 133)

Me interesa en especial la primera parte de la cita por aquello que la obra tiene de inmediatez, de *transparencia* y de *acto* en su vinculación con lo *real*, propuesta que se adapta perfectamente a lo que pienso que forma parte de la intencionalidad de Delibes en relación con sus posibles lectores. La vinculación de Delibes con lo real de sus recuerdos se hace con naturalidad, con nitidez y humanización, en una palabra, con *transparencia*. Son actos vividos que recurren algunas veces a la *confesión*, entendiendo ahora por confesión un grado superior de confidencialidad, pero que en esta obra no tiene tanta cabida, aunque se vislumbre, ya que aunque el relato lo escriba un adulto, se ve bien que su *pacto autobiográfico* es sobre todo con lectores de edades semejantes a las que él tenía en el momento de los sucesos narrados. Delibes tampoco rehuye aspectos testimoniales del momento, pero sobre todo los mantiene como marco, sin sobrevalorarlos como hará más adelante: “Aquellos primeros años de la década de los cuarenta, con el país arruinado, sin automóviles ni carburante, fueron el reinado de la bicicleta.” (Delibes, 1988: 38), o los disfrazas de comprensible ironía:

“Ante sus logros, mi padre se crecía y recuerdo que, al iniciar el segundo curso de bachillerato y pedirle dinero para pagar los libros, los miró uno por uno, separó el volumen de Historia y me dijo con aplomo francés:

-Este le devuelves. Le dices al Hermano de mi parte que lo tenemos en casa.

Se levantó, abrió una de las librerías de su despacho, sacó un librito de Historia del año catapún, con una tapa blanca en lugar de roja, y me lo entregó. Al día siguiente el Hermano nos mandó estudiar las dos primeras páginas, pero aunque los dos libros empezaban con la prehistoria, su método no coincidía. Con el tiempo las diferencias se hicieron más profundas de manera que me pasé el curso estudiando con mi compañero Lisardo Martín. En aquellas cuestiones en las que creía tener razón, mi padre no transigía. Y en lo concerniente a la enseñanza de la Historia era partidario de que se escribiese un texto objetivo y con poca sangre que sirviera para todos los párvulos del mundo, y, mientras no se hiciese así, cualquier libro valía, ya que según él la historia no se inventaba.” (*Ibid.*: 22)

Cuando Delibes desciende, aunque sea de pasada, a lo estrictamente personal, y nos confiesa algo más íntimo, como alguno de sus trucos de montaña, hace gala de una gran sinceridad. Lo que a lo mejor en un



adulto daría lugar a un silencio -olvido- absoluto, o a una amplificación justificadora, aquí se resuelve con una operación de síntesis narrativa sin concesiones al ocultamiento, en la que como hacen los escritores con oficio, le dejan al lector que llene los vacíos que considere necesarios:

“Nada desanima tanto a un corredor como observar que el contrincante realiza con la sonrisa en los labios algo que a él le supone un esfuerzo sobrehumano. Ponerme la máscara fue el secreto de mi éxito como escalador: ni piernas, ni bofes, ni garmainas. A mi me costaba subir el repecho de Boecillo tanto como a José Fando, el gordo de la clase, pero lo disimulaba y mis compañeros, al verse rebasados por un tipo alacre, que no se quejaba, a quien no le dolían los muslos ni se le aceleraba el corazón, se sentían descorazonados y se sentaban en la curva a charlar un rato y descansar, en tanto yo coronaba el cerro en solitario, de un tirón. Pero, al rebasar la cumbre, me tumbaba boca abajo a la sombra de una acacia y sujetaba el corazón contra el suelo para que no se me escapase del pecho. Luego, al llegar a casa, no podía comer, tenía que meterme en cama un ratito hasta que se me pasara el sofoco:

-Claro, es que a Delibes no le cuesta.” (*Ibid.*: 30-31)

Los apartados que hemos llamado de *proyección*, los dos últimos, se inscriben ya en una etapa de mayores responsabilidades sociales del autor-narrador, primero como marido y luego como padre orgulloso de su prole. Fiel a su afición, Delibes introdujo a su mujer en el club de los ciclistas, regalándole además de la pulsera de pedida una bicicleta Velox que se hizo acreedora de su nombre. En plena luna de miel, el episodio de los dos recorriendo a una velocidad endiablada y sin poder parar (La mujer de Delibes no podía controlar los frenos), una parte del trayecto entre Molledo- Portolín y Corrales de Buelna, es de los más sorprendentes pero también inquietantes de todo el relato. Aunque en la lectura sospechemos que todo va a terminar bien, como así fue, la duda se mantiene, y por unos momentos se vislumbra la posibilidad de que los dos se estrellen contra las barreras del paso a nivel de Santa Cruz, pueblo inmediato a Corrales, en el que por fortuna las barreras estaban abiertas. Éste es también el apartado en el que el escritor estructura el texto de una manera más ficcional, probablemente para conseguir con ello un grado mayor de suspense. Del mismo modo conviene tener en cuenta que aunque hayamos insistido, y así lo creemos, en la *verdad* de la totalidad del relato y en su carácter autobiográfico, no por ello debemos olvidar que el escritor está haciendo también literatura, lo cual no

Esta obra de Delibes es toda ella una metáfora de la vida cuyo motor simbólico es la bicicleta.

le libra de una cierta estilización estética. Ésta aparece clara en la selección de los episodios y en el empleo de un lenguaje coloquial adecuado al nivel de los hablantes. Delibes y sus amigos, por ejemplo, se expresan siempre con la naturalidad propia de su edad hablando de la *bici*, o de los libros del año catapún, y a la vez lo hacen de un modo políticamente correcto para mantener las convenciones sociales con el lector. Son rasgos propios del virtuosismo del que cuando escribió esta obra ya tenía una larga y exitosa carrera como novelista:

“Entonces tomé una decisión a lo Tom Mix, una decisión disparatada: Yo frenaría mi máquina con la mano izquierda y, simultáneamente, sujetaría el sillín de la Velox con la derecha; es decir, frenaría para los dos hasta lograr detenernos. Era una determinación de enamorado, arriesgada pero poco práctica. Con el primer tirón, Ángeles se desequilibró, y sin perder velocidad se fue de cuneta a cuneta en un zig-zag peligrosísimo. Al segundo intento, las bicicletas entrechocaron y a punto estuvimos de irnos los dos a tierra. Nervioso, a medida que la curva se aproximaba, grité:

-Por Dios bendito, ¡frena!

Pero parar, ella ya había perdido la moral:

-¡No me puedo parar, no me puedo parar!

La Velox se aceleraba y, ante lo inevitable, alcé los ojos al cielo y pedí con unción que el paso nivel estuviese abierto. Así fue en efecto, pero la Velox, ligera como el viento, haciendo honor a su nombre, atravesó la vía como una centella y no se detuvo hasta llegar a Santa Cruz, el pueblo inmediato, donde al fin nos repusimos del susto.” (*Ibid.*: 44-46)

La segunda proyección, mayor aún que la de atraer a su mujer a la causa de la bicicleta, ha sido la de perpetuar la saga ciclista a sus hijos y nietos. El triunfo de su hijo Juan, que logra la victoria en una carrera local, “una clásica Sedano-Covaneda- Sedano, ...organizada desde siempre para aficionados locales” y veraneantes, que no quieren que el premio se lo lleven unos “federados de un club ciclista de Burgos” con bicicletas y equipos a la última, es todo un canto al pundonor:

“Oyendo los bravos y parabienes del gentío, yo pensaba en mi padre, en su biciclo y en su *educación francesa*:

-¡Aúpa Juan, vamos a mojarlo!

-¿Sabes? ¡Juan ha ganado a los federados! ¡Les ha dejado con un palmo de narices!

La plaza era un clamor. Los muchachos federados, que aún no habían salido de su asombro, cambiaban impresiones con sus fans, organizaban cabizbajos el regreso a Burgos, mientras mi hijo, acuchado por la multitud, era la viva estampa del vencedor. Pero cuando, tras ímprobos esfuerzos,

## Miguel Delibes, la voz de Castilla

logré aproximarme a él y le animé a que se sentara en el banco corrido de los soportales, se señaló las piernas (unas piernas tensas, rígidas, los músculos anudados aun por el esfuerzo) y me dijo confidencialmente:

-Espera un poco; si me muevo ahora me caigo." (*Ibid.*: 58-59)

En el colofón final, nuestro autor, que nos ha ido demostrando paso a paso su simbiosis con la bicicleta, nos hace una nueva confesión, en apariencia insólita, aunque muy apta para rebajar un poco ese orgullo ascendente que aureola todo el relato. Puede funcionar como un contrapunto adecuado al didactismo del texto y servirnos también para sacar una sencilla conclusión complementaria: *No todo se puede lograr en la vida aun poniendo el mayor esfuerzo*. Hay otras limitaciones que quizá procedan de la naturaleza o del azar y no se venzan con toda la voluntad del mundo. Delibes, a pesar de su profundo conocimiento de la bicicleta y de sus posibilidades, nunca fue capaz de arreglar un pinchazo o cualquier otra avería de la máquina:

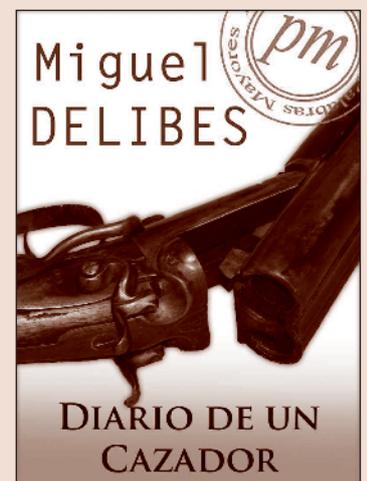
"Mas aunque siempre, desde niño, puse un cuidado meticoloso en la operación de montar una rueda nunca pude

evitar el pellizco con el desmontable. Era una pequeña tragedia irremediable que ponía mis nervios a prueba. Hoy las bicicletas no se pinchan o si se pinchan, los ciclistas las arreglan de otra manera. La mía, mi bicicleta, la de ahora, con la que doy paseos de 15 ó 20 kilómetros, sigue teniendo las ruedas como las de ayer y si se me pinchan menos es porque ando siempre por carretera y no apuro las cubiertas como antaño, pero si, a pesar de todo, se pincha, he de recurrir a manos ajenas para evitar pellizcarla con el desmontable. Hay cosas que parecen sencillas, pero no basta una vida para aprenderlas." (*Ibid.*: 49)

Esta obra de Delibes es toda ella una metáfora de la vida cuyo motor simbólico es la bicicleta. La vida, ese viaje no buscado y a veces lleno de riesgos, pero que una vez asumido se convierte en un reto constante, pone a prueba nuestras fuerzas y nuestra voluntad para que con sus vehículos de aprendizaje desarrollemos la pericia, el ingenio, la capacidad de resistencia y supervivencia, con metas como ese Tourmalet legendario, que probablemente asome según la medida de nuestro esfuerzo como compensación final, y acabe congraciándonos con nosotros mismos. ■

### Bibliografía

- ◆ Alvar López, Manuel (1987): *El mundo novelesco de Miguel Delibes*, Madrid, Gredos, 1987.
- ◆ Cortazar, Julio (1967): *La vuelta al día en ochenta mundos*, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- ◆ Delibes, Miguel (1961): *Por esos Mundos*, Barcelona, Destino, 1983.
- ◆ Delibes, Miguel (1962): *Las ratas*, Barcelona, Destino, 1983.
- ◆ Delibes, Miguel (1980): *Dos días de caza*, Barcelona, Destino, 1980.
- ◆ Delibes, Miguel (1981): *Los santos inocentes*, 1993.
- ◆ Delibes, Miguel (1988): *Mi querida bicicleta*, Valladolid, Miñón, 1988.
- ◆ Jiménez, Juan Ramón (1917): *Sonetos espirituales*, en *Obras de Juan Ramón Jiménez (1914-1915)*, Madrid, Visor, 2010.
- ◆ Jiménez Lozano, José (1993): "Lectura privada de Miguel Delibes", en *El autor y su obra: Miguel Delibes*. Actas del curso de verano 1991, Madrid, Complutense, 1993.
- ◆ Lejeune, Philippe (1975): *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion, 1994.
- ◆ Machado, Antonio (1912): *Campos de Castilla*, Madrid, Cátedra, 2003.
- ◆ Umbral, Francisco (1970): *Miguel Delibes*, Madrid, Epesa, 1970.



- 1 A José Vela Zanetti, Milagros (Burgos), 1913, Burgos, 1999, le han llamado *el pintor de la dignidad humana*, que sería uno de los aspectos que le emparejarían con Delibes.
- 2 He aquí una muestra siguiendo un orden cronológico que prueba su continuidad: *Diario de un cazador* (1955), *La caza de la perdiz roja* (1963), *El libro de la caza menor* (1966), *Con la escopeta al hombro* (1970), *La caza de España* (1972), *Alegrías de la caza* (1977), *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo* (1978), *Las perdices del domingo* (1981), *Dos días de caza* (1988), *El conejo* (1991), *El último coto* (1992), *Un deporte de caballeros* (1993), *25 años de escopeta y pluma* (1995)...
- 3 El salmantino Luis Ignacio de Horna, profesor de Bellas Artes, grabador, cartelista..., es uno de los más sensibles e imaginativos ilustradores de libros del panorama editorial español.
- 4 Antonio Corral, narrador, periodista, crítico de arte y entrañable amigo del autor, le ha dedicado a Valladolid y sus gentes numerosos e interesantes trabajos.